

dréis tener este consuelo, porque vuestro padecer nunca tendrá término, jamas veréis el cielo miéntras exista Dios.

Prevenamos pues, amados oyentes, esta desgracia. A vista de esas prisiones subterráneas que la fe nos muestra en el purgatorio, concibamos á la vez una tierna compasion hácia nuestros hermanos que en él yacen para aliviarlos, y un justo rigor para con nosotros mismos, á fin de expiar nuestros desarreglos y merecer la recompensa de los justos. No nos desentendamos de la voz de la religion, que al tiempo mismo que nos exhorta á interceder por los miembros de Jesucristo que padecen en el fuego encendido por su clemencia, nos pone á la vista aquel otro fuego que arde sin consumirse, porque está sostenido con el soplo de su eterna cólera, para que no seamos sus víctimas. Derramemos lágrimas y oraciones por nuestros hermanos que murieron en el Señor; ofrezcamos sacrificios expiatorios, aflicciones voluntarias, y en especial la sangre del Cordero sin tacha que borra los pecados del mundo; pues que haciéndolo así, glorificamos á Dios, aliviarnos las penas de nuestros prójimos y nos granjeamos méritos eficaces para obtener la salud eterna.

Y vos, Salvador clemente y misericordioso, escuchad hoy benignamente nuestras plegarias en favor de vuestras esposas, á quienes haceis experimentar los tormentos de vuestro amor. Vuestras son, á vos pertenecen, y solo esperan el momento de verse libres de sus prisiones para volar á vuestro seno. Acelerad pues ese instante dichoso que ha de poner término á sus lágrimas, y dar principio á una serie continuada de goces sin fin. Interesaos tambien por ellas, oh vos, Madre de la clemencia y de la gracia, ofrezced en expiacion de sus penas una de aquellas lágrimas de precio imponderable que un dia derramasteis al pié del duro leño dó fué crucificado vuestro divino Hijo. Ofrecedle uno de aquellos suspiros que exhalasteis junto á su sepulcro. Ofrecedle en fin las amarguras que en abundante cáliz apurasteis en los dias de vuestra inconsolable soledad. Decid á Jesus que alivie los padecimientos de las benditas almas del purgatorio, y seréis escuchada. Á vuestra voz se romperán sus hierros, se apagarán sus llamas, se abrirán las puertas del cielo, y volando al seno de Dios, descansarán en él por los siglos de los siglos.

SERMON

DE SANTO DOMINGO DE GUZMAN.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

Etenim Dominus dabit benignitatem, et terra nostra dabit fructum suum.

Porque el Señor dará su benignidad; y nuestra tierra producirá su fruto.

Salmo 84. v. 13.

Señores:

La Iglesia, esta columna y firmamento de la verdad, esposa del Cordero immaculado, plantada á costa de su preciosa sangre, y dirigida siempre por su divino Espíritu, ha padecido desde su origen las mas duras persecuciones. Pero el Señor, que desde luego la prometió su asistencia hasta el fin de los siglos, y que las puertas ó potestades del infierno jamas prevalecerán contra ella, usando de su benignidad, y en cumplimiento de su divina palabra, ha suscitado en ella en todos tiempos ministros celosos de su honor y gloria, que la instruyan en su doctrina, que la defiendan de sus enemigos, impugnando sus errores con celo y pecho apostólico hasta agonizar por la verdad y por la justicia en caso necesario.

Como el Redentor del mundo jamas ha perdido de vista la salud de su rebaño, ha proveído siempre á las necesidades de su Iglesia, dotándola de ministros capaces de sostenerla en las mas crueles persecuciones y deshechas borrascas. En los siglos primitivos suscitó en su defensa á los Policarpos, Ignacios, Justinianos, Ireneos, Aristides, Arnobios y Cuadratos contra los gnósticos ó iluminados, contra los erinitas y marcionistas, contra Manes y sus secuaces. Contra Arrio y su gavilla envió á san Atanasio, san Eusebio Vercelense, al Nazianzeno, á san

Nicolas de Bari y muchos otros defensores de la divinidad de Jesucristo y de su consustancialidad con el Padre celestial. Contra la pluma sacrilega del apóstata Juliano consagró la de san Cirilo Alejandrino, que rebatió y confundió todas sus blasfemias contra el supremo Legislador y su augusta religion. Contra los donatistas y el hipócrita Pelagio suscitó el Señor, entre otros muchos padres sabios y santos, á san Agustin principalmente, que los hizo confesar sus errores, é ilustró hasta la evidencia la doctrina de la Iglesia.

Bajo el mismo plan de providencia vemos en todos los siglos que el gran Padre de familias ha enviado obreros á su viña á recoger frutos de vida eterna; y entre ellos, á principios del XIII, al célebre santo Domingo de Guzman, cuya memoria celebramos. Como Jesucristo ántes de morir pidió á su eterno Padre hombres llenos de su divino Espíritu, enriquecidos de sus dones y de sabiduría para que socorriesen á la Iglesia en las urgentes necesidades que debia padecer en la sucesion de los siglos, la vigilante caridad de este pastor universal hizo ver en espíritu á Domingo los males que en sus dias afligian á su tierna esposa. Le hizo ver de una parte la ignorancia de los ministros del santuario y la corrupcion de los malos cristianos; de otra la multitud y furor de los herejes albigenes, el adormecimiento del mayor número de los fieles, miéntras que el hombre enemigo sembraba á manos llenas la zizaña entre el buen trigo. El ministerio de la palabra estaba casi abandonado, divididos entre sí los príncipes cristianos, en grave perjuicio de la piedad y de sus estados.

En tan críticas circunstancias suscitó Dios el celo de Domingo de Guzman, y le envió al mundo á sostener la fe con su divina palabra, con su ejemplo y á fuerza de milagros; á disipar numerosos ejércitos de herejes, que rasgaban con sus errores la túnica inconsútil de Jesucristo, y á manera de crueles viboreznos despedazaban las entrañas de su piadosa madre la Iglesia. Á contener este torrente de iniquidades envía Dios á Domingo, y él cumple exactamente con su encargo. Insensiblemente os he anunciado la materia de su elogio, que por mayor claridad divido en dos reflexiones. En la primera os mostraré su mision extraordinaria á defender la religion de Jesucristo; y en la segunda os haré ver la fidelidad con que correspondió á tan alto ministerio. Pidamos las luces del Espí-

ritu santo por medio de la poderosa intercesion de su augusta Esposa. Saludémosla á este fin con el ángel. *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

Cuando Dios, para acreditar su omnipotencia y sus inescrutables designios, ha querido de tiempo en tiempo socorrer las necesidades de su pueblo, y enjugar las lágrimas de su afligida esposa la Iglesia; cuando ha querido formar grandes establecimientos en apoyo de su religion y en defensa de sus imprescriptibles derechos; cuando ha querido avivar su fe, renovar su culto, y erigir trofeos á su honor y gloria sobre la ruina de sus enemigos; entónces con adorable providencia ha enviado hombres extraordinarios que sirvan de instrumento para la ejecucion de sus designios. Si arrojamos la vista sobre la historia de nuestra religion, hallaremos que la ley judáica y la libertad de este pueblo de la esclavitud de Egipto está todo apoyado sobre la mision extraordinaria de Moises, y que los profetas fueron los órganos que manifestaron las promesas ó castigos que habian de participar, y á veces los ejecutores de los decretos infalibles del Señor. La ley evangélica asimismo está fundada sobre la mision de Jesucristo y de los apóstoles á evangelizar el reino de Dios. Estas son propiamente las dos misiones extraordinarias y capitales, de las cuales han dimanado todas las demas. Moises de orden de Dios dió á su hermano Aáron la uncion del sacerdocio judáico, que se conservó perpetuamente en su familia; y Jesucristo, confiriendo el sacerdocio á sus apóstoles, les comunicó el poder de enviar á otros en lo sucesivo, como ellos habian sido enviados por Jesucristo. En la ley de Moises y por su muerte suscitó el Señor caudillos y profetas, aquellos para gobernar su pueblo, y estos para anunciar sus voluntades. Del mismo modo en la ley de gracia, el Custodio de Israel, que vela sin cesar sobre su Iglesia, ha suscitado de tiempo en tiempo hombres, que sin variar el orden de la mision legítima de sus apóstoles y discípulos, se han presentado al teatro del gran mundo como enviados extraordinarios para anunciar su reino y socorrer á la Iglesia. Con este designio envió á Domingo de Guzman, encargándole reparase la predicacion evangélica. Mision verdaderamente extraordinaria y ardua. Reflexionemos brevemente sobre los motivos que la causaron y las cualidades del sugeto enviado.

Las obras de Dios siempre fueron perfectas. Así cuando ha enviado al mundo varones apostólicos, ha sido por motivos urgentes, ya con el fin de abrir los tesoros de su misericordia, ó ya de sacar y acopiar preciosos frutos de vida eterna. « Antes de enviar á Moises, como reflexiona un sabio, esperó que su pueblo, oprimido bajo el yugo de Faraon, alzara el grito de su afliccion hasta su trono. Su providencia entónces se sirvió de la crueldad de este rey bárbaro para que educase en su corte al libertador de Israel. Para enviar á Elías esperó que inmolidos sus sacerdotes por la impía Jezabel, quedase sin sacrificio su templo, y que los sacrílegos altares erigidos al ídolo Baal, le robaran los verdaderos adoradores en Israel. Para enviar al Mesías esperó que toda la tierra estuviera envuelta en las espesas tinieblas de la idolatría, y que en el solo lugar del universo, en que su nombre era reconocido, estuviere corrompida la pureza de su legítimo culto, por las supersticiones de un judaísmo carnal del todo y terreno. »

En semejantes circunstancias, Dios que sabe proporcionar los remedios á las llagas, como médico omnipotente, para curar las que afligian á su esposa la Iglesia, entre otros facultativos envió para su consuelo á Domingo de Guzman. La túnica de esta esposa sin mancha estaba á la sazón desgarrada por el fatal progreso de la herejía de los albigenses, que habia inficionado con sus errores una gran parte de los reinos cristianos. Sabemos ademas por la historia de su siglo, que los reyes cristianos estaban entre sí divididos por sangrientas guerras, no ménos funestas á la piedad que á sus estados. El ministerio de la palabra de Dios, este medio eficaz para sostener la religion, y como una especie de dique contra el torrente de la impiedad, yacía en gran parte interrumpido ó despreciado. Para remedio de estos males, entre otros muchos operarios, envía el Señor principalmente en aquella época á Domingo. Oye la voz de Dios como otro Samuel, y obedece como Saulo. Con el motivo de acompañar á su tío el obispo de Osma, que pasaba á Francia en calidad de embajador para tratar una alianza entre aquel soberano y el de España, pasó Domingo á Paris, donde acabó de informarse de los estragos que la herejía causaba en todas partes; y devorado del celo por la casa de Dios, marchó á Roma con pasos de gigante, y presentándose á Inocencio III, le pidió auxilios para atajar los progresos de este monstruo, compa-

rable con la bestia del Apocalipsis, que turbando la paz de la Iglesia, habia encendido el fuego de una guerra infernal en casi toda la Europa. Estimulado el sumo pontífice del celo de este varon apostólico, comparable con los Elías y Finees, y conocidas sus virtudes, nombró á Domingo por su legado en la corte del rey cristianísimo, á solicitar de este poderoso príncipe que se opusiera á este error, que triunfaba principalmente en sus dominios á la cabeza de mas de cien mil hombres armados en su defensa.

Hé aquí una mision extraordinaria cometida á Domingo de parte de los hombres; pero lo fué aun mas por parte de la Providencia. Cuando Dios suscita estos ministros de las voluntades, no descubre á veces todos los designios que se propone obrar por ministerio de ellos. Á primera vista nos parecerá que eligió á Moises con el fin solo de librar á su pueblo de la esclavitud de Egipto, y traerlos á la tierra de Canaan, prometida á sus padres. Pero si profundizamos el fondo de estos hechos, hallaremos que se sirvió el Señor del ministerio de este santo legislador, principalmente para abrirles un camino milagroso para la tierra prometida; instruyendo en una sola á todas las naciones en la necesidad de observar unos preceptos, sin los cuales es imposible entrar á poseer la verdadera tierra de promision, que es el cielo. Hablo de los mandamientos promulgados sobre el monte Sinai, y grabados sobre tablas de piedra por el mismo Dios. Hallaremos ademas, que en las ceremonias, sacrificios y oblaciones que estableció Moises para el culto de aquel pueblo, quiso el Señor figurar la ley evangélica, como testifica el Apóstol.

Á este modo, cuando Dios envió á Domingo á Francia, no manifestó al principio todos los designios que sobre él se habia propuesto. La mision de este varon apostólico, dice un sabio, parece que solo se dirigia á la extirpacion de la herejía de los albigenses. Pero la Providencia disponia un medio eficaz para la extincion de todas, por medio de la predicacion de su palabra, que mas aguda que una espada de dos filos, cortase en las almas todas las raíces del error. Domingo es un legado apostólico, que viene á poner la espada de san Pedro en manos de un monarca cristiano contra los enemigos del estado y de la religion. Pero Dios se propone hacerle un predicador de primer orden, que renueve en su Iglesia la primera mision de los após-

toles, enviados al universo á predicar el Evangelio á todas las criaturas. Cuando predicó su primer sermón á presencia de un congreso innumerable y distinguido, empezó saludando á María santísima con las palabras del ángel san Gabriel, para manifestar desde luego, que la guerra santa que emprendía contra el error y los vicios se dirigía al honor de Dios y defensa de su Iglesia, bajo la tutela de su augusta Madre, canal de sus misericordias. Con este fin estableció la devoción del santo rosario, reduciéndolo á su debida forma, y vió con gozo espiritual la rapidez con que se extendió por todo el mundo cristiano, y los preciosos y abundantes frutos que en todas partes percibían sus cofrades. La palabra de Dios, con que hacia presente al pueblo los adorables misterios de nuestra redención; la palabra que yacía por mucho tiempo abandonada ó despreciada, empezó á ser fecunda en frutos de vida eterna bajo la tutela y protección de María.

Domingo de Guzman medita profundamente las palabras con que el Señor se queja por Isaías de la infecundidad de su viña, cuando dice: esta viña ingrata nada produce; y toda la solicitud que he puesto para hacerla fecunda ha sido inútil: yo prohibiré á las nubes que lluevan sobre ella. Vosotros siempre tendréis predicadores, porque la Iglesia jamás faltará; pero serán hombres sin unción, porque vosotros sois oyentes sin espíritu de compunción. Estas palabras encienden el celo de Domingo por el honor de Dios y salvación de sus hermanos; y pareciéndole oír resonar á sus oídos el oráculo del Señor por Jeremías, que dice: mi palabra ha caído en oprobio, por el desprecio que de ella se hace; y para vengarme pongo esta divina palabra en tus labios como un fuego devorador y los pueblos que la oyeren como un palo seco, que ella consumirá. Encendido en aquel fuego divino que el Salvador vino á rociar sobre la tierra para que ardiese sin cesar, se propuso Domingo imitar en su predicación á san Pablo, que despreciando los discursos sublimes de la elocuencia humana y las arengas del atrio y del liceo, ajenas de la cátedra del Espíritu santo, nubes sin agua, según la expresión de san Júdas, y solo á propósito para captar aura popular, se gloriaba de no saber otra cosa que á Jesucristo crucificado, su religión, su moral y sus misterios.

Tal fué el plan de predicar que se propuso este varón apos-

tólico, y sobre el mismo fundó su venerable orden de predicadores, para rebatir por este medio la herejía, y conquistar almas para el cielo. ¡Qué hermosos, ó mi Dios, fueron los pasos de este evangelista de la paz y de los bienes eternos! Sus palabras eran otras tantas centellas de fuego de amor divino, que penetraba en las almas, y otras tantas flechas agudas, que lanzadas con la fuerza de su celo, herían el corazón de los enemigos de Dios. ¿Qué solicitud igual á la de este varón apostólico, de este enviado extraordinario de Dios al mundo, que pasaba el día trabajando y la noche sin descanso; que bastaba por sí solo á predicar á los pueblos, á catequizar los rudos, á dirigir los perfectos, al socorro de los pobres, alivio de los enfermos, y á disputar con los herejes? Su predicación, como la de otro Pablo, estaba fundada sobre sabiduría y virtud: *in ostensione sapientiae et virtutis*. ¿Qué fuerza no tenían las verdades evangélicas en los labios de un hombre, que predicando á Jesucristo crucificado, renovaba la memoria de sus prodigios? ¡Que no pueda yo detenerme á manifestaros los innumerables milagros que obró Dios por medio de este su enviado! Veriais andar los cojos, hablar los mudos, recobrar la vista los ciegos, y resucitar los muertos. ¿Qué pruebas mas auténticas de su misión extraordinaria? No parece sino que el Señor le había dado poder absoluto sobre los elementos. El fuego, el agua, el aire, la tierra, obedecen sus órdenes. Él mismo sale ileso de entre las brasas, como los tres jóvenes del horno de Babilonia. El siglo de Domingo fué testigo fidedigno de todos estos prodigios, y mas de cien mil herejes convertidos por Dios de resultados de sus sermones, fueron público testimonio de estos hechos, que no ménos acreditan su misión extraordinaria de parte de Dios, que la fidelidad de Domingo á su ministerio.

SEGUNDA REFLEXION.

Para sostener la religión en toda su pureza, se ha dignado siempre el Señor comunicar toda su virtud y energía á la predicación; porque los inmutables fundamentos sobre que su religión y la vida eterna estriban, son las verdades reveladas y las leyes que debemos observar. Por esta razón nunca ha dejado Dios de enviar á su Iglesia varones ilustrados de su divino Espíritu, para conservar la pureza de su doctrina, impugnando